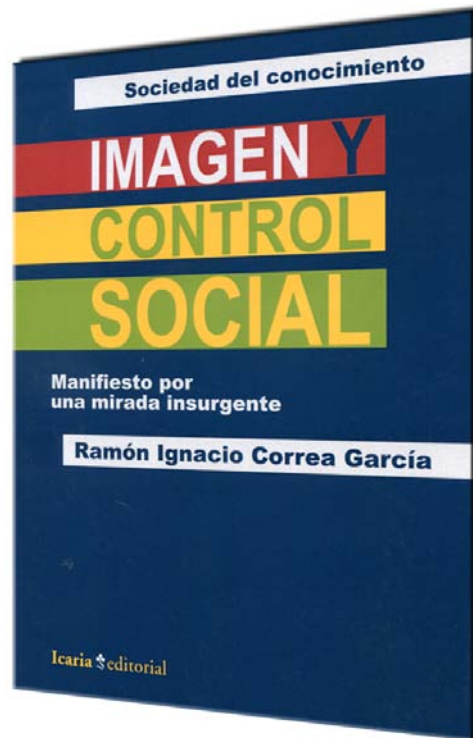


## LIBROS

Ángel Barbas-Coslado ▼

La aparición de un libro como el que aquí presentamos suele despertar un notable interés entre los que nos dedicamos al mundo de la Educación para la Comunicación, y muy especialmente entre los que nos situamos en la vertiente más reflexiva y más crítica de la misma. Los textos de Ramón Ignacio Correa son de esos que no dejan indiferente a nadie. «Imagen y control social. Manifiesto por una mirada insurgente» es, sin duda, un texto provocador. El propio autor señala en las primeras páginas que su pretensión no es analizar los aspectos relacionados con la Teoría de la imagen, sino «provocar una reflexión crítica sobre la utilización de la imagen para analizar el polisémico concepto de control social» (p. 16). Correa nos advierte sobre el poder que ejercen las imágenes en la configuración del mundo y sobre el peligro que supone la dominación de las mentes, tanto por parte de los regímenes totalitarios como por parte de las democracias modernas, a las que denomina «sutiles mecanismos de dominación para la fabricación del consenso y el control del pensamiento» (p. 42). Desde el inicio observamos la diferencia que el autor quiere establecer entre un modelo de educación que se limita a enseñar a ver y otro que quiere también que los estudiantes aprendan a mirar. De esta manera, se apuesta decididamente por una educación mediática que vaya más allá de lo aparente e indague no solo en los significados denotativos, manifiestos y explícitos, sino también en los significados latentes, encubiertos e invisibles, pasando de la simplicidad del ver a la complejidad del mirar. Es importante destacar también las reflexiones que se realizan en torno a la diferencia entre el lenguaje escrito de la cultura letrada –perteneciente al mundo



**Imagen y control social. Manifiesto por una mirada insurgente;**  
**Ramón Ignacio Correa; Barcelona, Icaria, 2011; 216 págs.**

de la razón y del intelecto– y el lenguaje visual de las imágenes –más cercano a las emociones, al mundo de lo mágico y lo onírico–. Asimismo, se vinculan estas ideas a numerosos ejemplos que pretenden mostrar el uso del poder emocional de las imágenes por parte de los grupos dominantes para adormecer, domesticar y narcotizar a los grupos dominados. A partir de estos planteamientos se relatan sucesos como la política mediática que legitimó la invasión de Irak por parte de las tropas de Estados Unidos –con ejemplos como el tratamiento informativo de la matanza de Falluya o las torturas cometidas sobre prisioneros iraquíes en la prisión de Abu Graib–, los rasgos de la sociedad de consumo y del poder de la publicidad en la creación de falsas necesidades, la representación de «el otro» a través de la historia del cine, la influencia de las imágenes y de los mensajes mediáticos en la masculinización del mundo y en la invisibilidad de las mujeres, y la iconografía religiosa utilizada en los textos sagrados y en diferentes representaciones artísticas a lo largo de la historia. El libro finaliza con una reflexión sobre lo que el autor considera la «indefensión aprendida» por parte de la ciudadanía (p. 192) y con un alegato en favor de las miradas insurgentes, que los educadores deben exaltar y fortalecer, a partir del concepto de «guerrilla semiológica» acuñado por Umberto Eco (p.202). No sabemos si este libro logrará provocar una reflexión crítica en los lectores. Podría tal vez herir determinadas sensibilidades o alterar al lector hasta el punto de poner en riesgo su integridad psíquica. Suponemos que el profesor Correa no pretende ni una cosa ni la otra, pero su libro contiene los elementos necesarios para provocar esa reflexión crítica y remover hasta la conciencia de los ciudadanos más «ejemplares».